



Hugo Goldsack Blanco.

Ultima lección 163455

—Flores, bombones y piropos para las secretarias. Era su llave maestra para la noticia exclusiva. Cultura. Desenfado. Valentía. Paciencia. Sencillez. Ingenio. Pasión ante lo inesperado.

Recetas de Hugo Goldsack Blanco, hace más de veinte años. Se abrió el pórtico de «Las Últimas Noticias» para mi prosa de algodones.

Su muerte —¡los poetas también se van, ¿por qué, Dios mío?!— se supo irónicamente a la hora de cierre. Exactamente a las dos de la madrugada me lo comunicó el editor nocturno.

Goldsack falleció anteayer, en el sosiego de Limache, cerca de su refugio final, la Quebrada de Alvarado: árboles harapientos, mansedumbre vecinal, ristras de libros.

Noche de dolor y de desconcierto. De añoranzas. Conoció el temblor del periodismo. Grado máximo. Lo protagonizaba. Lo vivía. Lo amaba.

Bohemio, insólito y conquistador. Reportero sin calcos. Armado en la nostálgica bondad de Santiago poniente, militante de la noche en el barrio Bandera, junto a la paz de Andrés Sabella, el amor de su Irma Isabel Astorga. Su ceniza se quebraba en versos y los hechos —sustancia, fulgor y estremecimiento— ardlan en sus crónicas.

Describía con facilidad, con juegos barrocos, con agudeza sensible, con amarras históricas, compenetración documentada. Por caminos que otros no hollaban.

Artesano en su adolescencia. Recorredor de calles. Dibujante. Siempre desasosegado, al rescate del espíritu. Discípulo de Juan Luis Mery, director de «La Opinión» y en él, evoca, «escribía desde la existencia de Dios hasta la guerra a muerte entre stalinistas y trotskistas».

De Mery aprendió una lección que años después nos dio de tarea a Federico Gana y a mí: «No escribas nada que no hayas afirmado, que no puedas comprobar en cualquier terreno».

Casi en el epílogo del gobierno de Pedro Aguirre Cerda, el entonces subdirector de «Las Últimas Noticias», Enrique Castro Farías, lo trajo al diario. Y Goldsack reportó persecuciones, cacerías y fugas espectaculares, en el yunque de la sección policía. Con los años, trasvasió sus conocimientos —vastos no bastos— a política, en la que siempre mostró su dinámica.

Trotageografías, como Tito Mundi. Coloquial, fino, sensible en su huesuda arquitectura. Se nutría en el arcn de la bohemia, de los ensueños y de la magia.

Iba y venía por el mundo. Regresó con Nicolás Velasco del Campo. Otra vez, con Fernando Díaz Palma, para entrevistar a un sabio, a un escritor o a... una computadora. Hombre de ciudad, de cafés céntricos, de casa para leer, conversar y beber, en los aledaños al cerro Calán, paradójicamente, echó su ancla en la Quebrada de Alvarado.

Fue —solo, universal, múltiple— una gran escuela de periodismo. Formó a generaciones en el diario que amó. Que amamos.

Por eso, su muerte fue la última noticia —¿o lección?—, a la hora de cierre.

● Enrique Ramírez Capello.

Ultima lección [artículo] Enrique Ramírez Capello.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ramírez Capello, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ultima lección [artículo] Enrique Ramírez Capello. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile